

Sobre los recuerdos
encubridores
(1899)

Nota introductoria

«Über Deckerinnerungen»

Ediciones en alemán

- 1899 *Mschr. Psychiat. Neurol.*, 6, nº 3, págs. 215-30.
(Setiembre.)
1925 *GS*, 1, págs. 465-88.
1952 *GW*, 1, págs. 531-54.

*Traducciones en castellano **

- 1928 «Los recuerdos encubridores». *BN* (17 vols.), 12, págs. 263-85. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, 12, págs. 265-87. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), 1, págs. 157-67. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, 12, págs. 205-22. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), 1, págs. 157-66. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), 1, págs. 330-41. El mismo traductor.

En una carta inédita enviada a Fliess el 25 de mayo de 1899, Freud le comunicaba haber remitido este artículo ese día al director de la revista en que aparecería luego, en setiembre del mismo año. Agregaba que su redacción le había producido un inmenso goce, lo cual, para él, era un mal presagio sobre el destino futuro que tendría el texto.

Aquí se introduce por primera vez el concepto de «recuerdo encubridor», llevado a primer plano, sin duda, por la consideración del particular episodio sobre el que versa la mayor parte del artículo, y al que Freud había aludido

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

en su carta a Fliess del 3 de enero de 1899 (Carta 101), *AE*, 1, pág. 318. Pero el tema se vinculaba estrechamente a varios otros que venían ocupando su pensamiento en los últimos meses —en verdad, desde que se embarcó en su autoanálisis, en el verano de 1897—: los problemas concernientes al modo de funcionamiento de la memoria y sus distorsiones, la importancia y *raison d'être* de las fantasías, la amnesia que recubre los primeros años de vida, y, por detrás de todo ello, la sexualidad infantil. Quienes lean la correspondencia con Fliess hallarán muchas aproximaciones al tema que aquí se toca —véanse, por ejemplo, las puntualizaciones sobre las fantasías en el Manuscrito M, del 25 de mayo de 1897 (*AE*, 1, págs. 293-4), y en la Carta 66, del 7 de julio del mismo año (*AE*, 1, págs. 299-300)—. Los recuerdos encubridores analizados por Freud hacia el final del capítulo IV de *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, 6, págs. 53-5, se remontan a ese mismo verano de 1897.

Curiosamente, el tipo de recuerdo encubridor que en este artículo se examina de manera predominante —aquel en que un recuerdo temprano es utilizado como pantalla para ocultar un suceso posterior— casi no aparece en escritos posteriores. En cambio, apenas se menciona aquí el que más tarde habría de considerarse el tipo corriente —aquel en que un recuerdo posterior sirve como pantalla ocultadora de un suceso temprano—, aunque fue de él que se ocupó Freud en forma casi exclusiva dos años después, en el capítulo citado de *Psicopatología de la vida cotidiana*. (Cf. también *infra*, pág. 315*n*.)

Un hecho extraño al artículo en sí hizo que su intrínseco interés quedara, inmerecidamente, un poco eclipsado. No fue difícil conjeturar que el incidente en él descrito era en verdad autobiográfico, y esto se convirtió en certidumbre tras la aparición de la correspondencia con Fliess. No obstante, muchos de los detalles del episodio pueden rastrearse en los escritos publicados de Freud. Así, los niños que figuran en el recuerdo encubridor eran de hecho sus sobrinos John y Pauline, quienes reaparecen en varios lugares de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), p. ej., *AE*, 5, págs. 424-5, 479 y 483; ellos eran hijos de un hermanastro de Freud, mucho mayor que él, citado en el capítulo X de *Psicopatología de la vida cotidiana* (*AE*, 6, págs. 221-2). Cuando la familia de Freud, contando este tres años de edad, debió abandonar Freiberg, en Moravia, con distintos rumbos, ese hermanastro se estableció en Manchester, Inglaterra; allí lo visitó Freud a los diecinueve años —no a los

veinte, como se sugiere aquí (pág. 307)—, visita a la que se hace referencia en el mismo pasaje de *Psicopatología* y también en *La interpretación de los sueños* (AE, 5, pág. 514). Cuando volvió por primera vez a su pueblo natal, Freud tenía dieciséis años, uno menos de lo que dice el artículo, como sabemos por su «Carta al burgomaestre de la ciudad de Príbor» (1931e), AE, 21, págs. 257-8. La misma fuente nos indica que permaneció entonces en casa de la familia Fluss, una de cuyas hijas, Gisela, es el personaje central de la presente anécdota. El episodio es narrado en detalle en el primer volumen de la biografía de Ernest Jones (1953, págs. 27-9 y 35-7).¹

James Strachey

¹ El nombre de Gisela Fluss aparece de manera imprevista y sin mayor significatividad en los apuntes originales de Freud sobre el historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1955a), AE, 10, pág. 219.

Dentro de la trama de mis tratamientos psicoanalíticos (de histeria, neurosis obsesiva, etc.), muchas veces me he visto en la situación de tener que ocuparme de fragmentos de recuerdos que al individuo le han quedado en la memoria desde los primeros años de su niñez. Como ya lo he indicado en otro lugar,¹ es preciso reclamar una gran significatividad patógena para las impresiones de esta época de la vida. Pero el tema de los recuerdos de infancia tiene asegurado en todos los casos un interés psicológico porque en ellos sale a la luz, llamativamente, una diferencia fundamental entre la conducta psíquica del niño y la del adulto. Nadie pone en duda que las vivencias de nuestros primeros años infantiles dejan unas huellas imborrables en nuestra interioridad anímica, pero si inquirimos a nuestra *memoria* por aquellas impresiones que están destinadas a permanecer y ejercer su influjo hasta el término de nuestra vida, ella no nos ofrece nada, o bien nos entrega un número relativamente pequeño de recuerdos dispersos, de valor a menudo cuestionable o enigmático. Reproducir la vida en la memoria como una cadena coherente de episodios es cosa que no sucede antes del sexto o séptimo año, y en muchas personas sólo después del décimo. Ahora bien, desde entonces se establece además un vínculo constante entre la significatividad psíquica de una vivencia y su adherencia a la memoria. Es anotado lo que parece importante en virtud de sus efectos inmediatos o que sobrevendrán a poco, y se olvida lo apreciado como inesencial. Si durante largo tiempo yo soy capaz de recordar cierto episodio, en el hecho de esta conservación en la memoria hallo una prueba de que en su momento aquel me ha producido honda impresión. Suelo asombrarme cuando olvido algo *importante*, y acaso todavía más cuando he retenido algo supuestamente indiferente.

Sólo en ciertos estados anímicos patológicos torna a di-

¹ [Cf., por ejemplo, «La etiología de la histeria» (1896c), *supra*, págs. 201-2.]

solverse el vínculo, vigente para el adulto normal, entre la importancia psíquica de una impresión y su adherencia a la memoria. El histérico, por ejemplo, generalmente se muestra amnésico para el total o una parte de aquellas vivencias que han llevado al estallido de su afección, y que en virtud de esta causación han devenido significativas para él, o bien, prescindiendo de ello, poseerían importancia por su propio contenido. Yo consideraría la analogía entre esta amnesia patológica y nuestra amnesia normal sobre el período infantil como un valioso indicio de los estrechos vínculos entre el contenido psíquico de la neurosis y nuestra vida infantil.

Tan habituados estamos a esta falta de recuerdo para las impresiones infantiles que solemos ignorar el problema que tras ella se oculta, y nos inclinamos a considerarlo algo natural, dado el estado rudimentario de la actividad anímica en el niño. En realidad, el niño de desarrollo normal nos muestra, ya a la edad de tres a cuatro años, una enormidad de operaciones anímicas de suma complejidad en sus comparaciones, razonamientos, y en la expresión de sus sentimientos; y no se entiende sin más que debiera de haber amnesia para estos actos psíquicos, tan plenamente equiparables a los de una edad posterior.

Un prerrequisito indispensable para elaborar los problemas psicológicos que se anudan a los recuerdos de la primera infancia sería, desde luego, la recopilación de material, comprobando, por medio de encuestas, qué clase de recuerdos de esa época de la vida es capaz de comunicar un gran número de adultos normales. Un primer paso en esta dirección han dado V. y C. Henri en 1895, distribuyendo un cuestionario por ellos confeccionado; los resultados en extremo sugerentes de esta encuesta, que incluyó respuestas de 123 personas, fueron publicados luego por ambos autores.² Pero como hoy está lejos de mi intención agotar el tema, me conformaré con poner de relieve aquellos pocos puntos desde los cuales yo pueda introducir los por mí llamados «recuerdos encubridores».

La edad de la vida en que se sitúa el contenido de los más tempranos recuerdos infantiles varía, las más de las veces, entre los dos y los cuatro años. (Así ocurre en 88 personas de la serie de observaciones de los Henri.) Pero hay algunos cuya memoria se remonta más atrás, aun al período en que todavía no habían cumplido el primer año, y, por otra parte, personas cuyo recuerdo más temprano

² [V. y C. Henri, 1897.]

sólo proviene del sexto, séptimo y aun octavo año. No se pueden indicar por ahora los nexos en que se insertarían estas diferencias individuales; pero nótese, dicen los Henri, que una persona cuyo recuerdo más temprano se remonta a una muy tierna edad, por ejemplo al primer año de vida, también dispone de otros recuerdos singulares para los años siguientes, y que la reproducción del vivenciar como una cadena continua de recuerdos empieza en ella en un punto más temprano —acaso desde el quinto año— que en otras cuyo primer recuerdo corresponde a una época posterior. Por tanto, lo que en ciertas personas se anticipa o se retarda no es solamente el punto temporal de emergencia de un primer recuerdo, sino también la función íntegra del recordar.

Un particularísimo interés se dirigirá a averiguar cuál puede ser el *contenido* de estos recuerdos, los más tempranos de la infancia. De la psicología del adulto, uno no podría menos que extraer esta expectativa: dentro del material de lo vivenciado se escogerán como dignas de nota aquellas impresiones que han provocado un afecto poderoso o que fueron discernidas como sustantivas por las consecuencias que poco después produjeron. Y, en efecto, una parte de las experiencias recopiladas por los Henri parece corroborar esta expectativa, pues ellas detallan, como los contenidos más frecuentes de los primeros recuerdos infantiles, por un lado ocasiones de miedo, vergüenza, dolores corporales, etc., y por el otro importantes episodios tales como enfermedades, sucesos de muerte, incendios, nacimientos de hermanitos, etc. Así, uno se inclinaría a suponer que el principio de la selección mnémica es para el alma infantil el mismo que para los adultos. Es cosa evidente, pero merecedora de expresa mención, que los recuerdos infantiles conservados atestiguan sobre aquellas impresiones a las cuales se dirigía el interés del niño, a diferencia del interés del adulto. Así se explica fácilmente que una mujer comunique, por ejemplo, acordarse de diversos accidentes sufridos por sus muñecas cuando ella tenía dos años, mientras que es amnésica para los más serios y tristes sucesos que habría podido percibir en esa época.

Ahora bien, está en total oposición a esa expectativa, y no puede menos que provocar legítimo asombro, enterarnos de que en muchas personas los más tempranos recuerdos infantiles tienen por contenido unas impresiones cotidianas e indiferentes, vivenciar las cuales no pudo desplegar un influjo afectivo ni siquiera sobre el niño, y que han sido registradas no obstante con todo detalle —se diría: con

hiperrelieve—,³ al paso que tal vez no se guardaron en la memoria unas vivencias simultáneas que, según el testimonio de los padres, provocaron intensa conmoción al niño. Así, los Henri cuentan sobre un profesor de filología cuyo recuerdo más temprano, del período que va de los tres a los cuatro años, le mostraba la imagen de una mesa tendida sobre la cual estaba una fuente con hielo. Pero en esa misma época aconteció la muerte de su abuela, que el niño, según declararon sus padres, sintió muchísimo. Sin embargo, el ahora profesor de filología nada sabe de ese fallecimiento; de esa época sólo se acuerda de una fuente con hielo. Otro sujeto informa, como su primer recuerdo de la infancia, sobre un episodio de un paseo en que arrancó una rama de un árbol. Cree poder indicar todavía hoy el lugar donde ello ocurrió. Estaban presentes varias personas, y una de ellas lo ayudó.

Los Henri califican de raros esos casos; según mis experiencias —es cierto que recogidas la mayoría en neuróticos—, son asaz frecuentes. Uno de los informantes de los Henri ha ensayado una explicación, que yo debo declarar certera en todos sus puntos, para estas imágenes mnémicas de inconcebible inocencia. Opina que en tales casos la escena en cuestión quizá sólo se conservó incompleta en el recuerdo; justamente por ello parece no decir nada: es que en los elementos olvidados estaría contenido todo lo que convertía a la impresión en digna de nota. Puedo corroborar que las cosas son realmente así; sólo que preferiría decir, en vez de elementos de la vivencia «olvidados», elementos «desechados» {«Weggelassen»}. A menudo he conseguido, por medio del tratamiento psicoanalítico, descubrir la pieza faltante de la vivencia infantil y, así, demostrar que la impresión, de la cual había quedado en el recuerdo un torso, realmente obedecía a la premisa de que en la memoria se conserva lo más importante. Es verdad que esto no nos explica la rara selección que la memoria practica entre los elementos de una vivencia; hay que preguntarse ante todo por qué lo sustantivo fue sofocado y se conservó lo indiferente. Únicamente se obtiene una explicación si se penetra más hondo en el mecanismo de tales procesos; uno se forma entonces la representación de que dos fuerzas psíquicas han participado en la producción de estos recuerdos: una de ellas toma como motivo la importancia de la vivencia para querer recordarla, mientras que

³ [Cf. «Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898b), *supra*, pág. 282, n. 5. Vuelve a hacerse referencia a esto *infra*, págs. 305 y 307.]

la otra —una resistencia— contraría esa singularización. Estas dos fuerzas de contrapuesto efecto no se cancelan entre sí; tampoco sucede que un motivo avasalle al otro —con o sin menoscabo—, sino que sobreviene un efecto de compromiso, algo análogo a la formación de una resultante dentro del paralelogramo de fuerzas. El compromiso consiste aquí en que no es la vivencia en cuestión la que entrega la imagen mnémica —en esto la resistencia campea por sus fueros—, pero sí es otro elemento psíquico conectado con el elemento chocante por caminos asociativos próximos; y en esto torna a mostrarse el poder del primer principio, al que le gustaría fijar impresiones sustantivas por el establecimiento de imágenes mnémicas reproducibles. El resultado del conflicto es, entonces, que en lugar de la imagen mnémica originariamente justificada se produce otra que respecto de la primera está *desplazada* {descentrada} un tramo dentro de la asociación. Como fueron los componentes importantes de la impresión los que provocaron el choque, es preciso que el recuerdo sustituyente esté despojado de ese elemento importante; por eso es fácil que tenga aspecto trivial. Nos parece incomprensible porque queríamos advertir en su propio contenido el fundamento de que fuera conservado en la memoria, cuando ese fundamento descansa en el vínculo entre ese contenido y otro, sofocado. Para servirme de un símil popular, cierta vivencia de la niñez no cobra imperio en la memoria porque ella misma sea oro, sino porque estuvo guardada junto a algo de oro.⁴

Entre los muchos casos posibles de sustitución de un contenido psíquico por otro, todos los cuales hallan su realización dentro de constelaciones psicológicas diferentes, el de los recuerdos infantiles que aquí consideramos, en que los componentes inesenciales de una vivencia subrogan en la memoria a los esenciales, es evidentemente uno de los más simples. Consiste en un desplazamiento sobre la asociación por contigüidad o, si se tiene en vista el proceso íntegro, una represión {esfuerzo de desalojo} con sustitución por algo avecindado (dentro del nexo de lugar y de tiempo). He tenido ocasión de comunicar un caso muy semejante de sustitución, tomado del análisis de una paranoia.⁵ Conté allí sobre una señora que tenía alucinaciones; las voces le repetían largos fragmentos de *Die Heiterethei*,

⁴ [Esta analogía reaparece en el libro sobre el chiste (1905c), AE, 8, pág. 176.]

⁵ «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896b) [*supra*, pág. 181].

de Otto Ludwig, y eran justamente los pasajes de menor importancia y más incidentales de esa creación poética. El análisis demostró que otros pasajes de la misma historia habían despertado los más penosos pensamientos en la enferma. El afecto penoso fue un motivo para la defensa, pero por otro lado no se pudieron sofocar los motivos que llevaban a proseguir aquellos pensamientos; se produjo así un compromiso, que puso de resalto en el recuerdo, con intensidad y nitidez patológicas, los fragmentos inocentes. El proceso aquí discernido —*conflicto, represión, sustitución con formación de compromiso*— retorna en todos los síntomas psiconeuróticos y proporciona la clave para entender la formación de síntoma; no carece de significación, entonces, que se lo pueda demostrar también en la vida psíquica de los individuos normales; el hecho de que en estos influya sobre la selección, precisamente, de los recuerdos infantiles aparece como un nuevo indicio del estrecho vínculo, ya destacado, entre la vida anímica del niño y el material psíquico de las neurosis.

Los procesos, evidentemente muy sustantivos, de la defensa normal y patológica, así como los resultados del desplazamiento a que llevan, no han sido, hasta donde yo tengo noticia, estudiados por los psicólogos, y por eso resta todavía comprobar los estratos de la actividad psíquica donde aquellos tienen vigencia, y las condiciones en que esto sobreviene. La razón de ese descuido muy bien puede ser que nuestra vida psíquica, en la medida en que deviene objeto de nuestra percepción interna *conciente*, no deja discernir nada de estos procesos, salvo en los casos que llamamos «falacias» o en algunas operaciones psíquicas que persiguen un efecto cómico. La afirmación de que una intensidad psíquica⁶ es desplazada de una representación, que a partir de entonces permanece abandonada, sobre otra, que ahora sigue cumpliendo el papel psicológico de la primera, produce sobre nosotros tan extraño efecto como ciertos rasgos de los mitos griegos; por ejemplo, que los dioses revistan a un hombre de belleza como si esta fuera una envoltura, donde nosotros sólo notaríamos la trasfiguración por un cambio en el juego mímico.

Ulteriores indagaciones sobre los recuerdos indiferentes de la infancia me enseñaron que su génesis puede producirse de otro modo además, y que tras su aparente inocencia suele esconderse una insospechada plétora de significati-

⁶ [Cf. mi «Apéndice» titulado «Surgimiento de las hipótesis fundamentales de Freud», *supra*, pág. 66.]

dad. Pero acerca de esto no me limitaré a una mera afirmación, sino que he de exponer con amplitud un solo ejemplo que, entre un gran número de casos semejantes, me parece el más instructivo, y que sin duda se vuelve más apreciable por pertenecer a un individuo no neurótico, o que sólo lo era en muy escasa medida.

Un hombre de treinta y ocho años,⁷ de formación académica, que no obstante ser ajena a ello su profesión, se interesó por las cuestiones psicológicas después que yo pude librarlo de una pequeña fobia por medio del psicoanálisis, llamó el año pasado mi atención sobre sus recuerdos de infancia, que ya habían desempeñado cierto papel en el análisis. Tras familiarizarse con la indagación de V. y C. Henri, me comunicó así su experiencia en forma sintética:

«Dispongo de un número considerable de recuerdos infantiles tempranos que puedo datar con gran certeza, por esta razón: a la edad de tres años cumplidos abandoné el pequeño poblado donde nací para trasladarme a una gran ciudad; ahora bien, todos mis recuerdos se desenvuelven en aquel poblado, y por tanto corresponden a mi segundo y tercer año de vida. En su mayoría son escenas breves, pero muy bien conservadas, y plasmadas con todo el detalle de la percepción sensorial, en lo cual se oponen a mis imágenes mnémicas de la madurez, de las que está por completo ausente el elemento visual. A partir del tercer año los recuerdos son más ralos y menos nítidos; aparecen lagunas que con seguridad abarcan más de un año; sólo desde el sexto o séptimo año, creo, se vuelve continua la corriente del recuerdo. Además, divido en tres grupos los recuerdos que tengo hasta el abandono de mi primera residencia. Un primer grupo lo forman las escenas que mis padres me narraron con posterioridad repetidas veces; con relación a estas, no me siento seguro de haber tenido la imagen mnémica desde el comienzo, pues acaso la he creado sólo tras uno de aquellos relatos. Noto que hay también episodios a los que no corresponde ninguna imagen mnémica, no obstante habérmelos descrito repetidamente mis padres. Más valor atribuyo al segundo grupo; son escenas que —hasta dónde yo sé— no me fueron narradas, y en parte tampoco podrían haberlo sido, porque no he vuelto

⁷ [Lo que sigue es, sin lugar a dudas, material autobiográfico apenas disimulado. Cf. mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 294. En mayo de 1899, cuando este artículo fue dado a la estampa, Freud tenía, en realidad, cuarenta y tres años.]

a ver a las personas participantes: niñera, compañeros de la infancia. Sobre el tercer grupo hablaré luego. Por lo que toca al contenido de estas escenas, o sea, a sus títulos para ser guardadas en la memoria, diría que no carezco de toda orientación en este punto. No puedo afirmar, por cierto, que los recuerdos conservados correspondan a los episodios más importantes de aquel tiempo, ni que hoy los apreciaría así. Nada sé del nacimiento de una hermana dos años y medio menor que yo; el viaje de partida, la vista del ferrocarril, el largo camino recorrido previamente en carruaje, no han dejado huella alguna en mi memoria. En cambio, he registrado dos pequeños sucesos durante el viaje en ferrocarril; como usted recordará, son los que entraron en escena en el análisis de mi fobia. La mayor impresión debió ser la que me hizo una herida en el rostro a raíz de la cual perdí mucha sangre y que el cirujano se vio precisado a coserme. Todavía hoy puedo palpar la cicatriz que atestigua aquel accidente, pero no sé de ningún recuerdo que directa o indirectamente apuntara a esa vivencia.⁸ Por otra parte, quizá cuando ocurrió yo no tuviera todavía dos años.

»Sin embargo, no me causan asombro las imágenes y escenas de los dos primeros grupos. Son en verdad unos recuerdos desplazados {descentrados}, en que las más de las veces falta lo esencial. Pero en algunos está por lo menos indicado, y en otros me resulta fácil completarlo siguiendo ciertos indicios; y cuando así procedo, se me establece un buen nexo entre los diversos jirones de recuerdo y veo claro qué interés infantil recomendó justamente a la memoria estos sucesos. Ahora bien, no ocurre lo mismo con el contenido del tercer grupo, que me he abstenido de considerar hasta ahora. Aquí se trata de un material —una escena más larga y varias imágenes pequeñas— con el que realmente no atino a nada. La escena me parece bastante indiferente, e incomprensible su fijación. Permita usted que se la describa: Veo un prado cuadrangular, algo empinado, verde y de tupida vegetación; dentro de lo verde, muchísimas flores amarillas, evidentemente son de diente de león común. En lo alto del prado, una casa campesina, ante cuya puerta están de pie dos mujeres que conversan

⁸ [Se hace alusión a este accidente en dos lugares de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág. 43 y n., y 5, pág. 552, y en la 13ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), AE, 15, pág. 184; asimismo, en una carta a Fliess del 15 de octubre de 1897 (Freud, 1950a, Carta 71), AE, 1, pág. 306, Freud hace referencia al médico que lo atendió en esa oportunidad.]

animadamente entre sí: la campesina, de pañuelo en la cabeza, y un niñera. En el prado juegan tres niños, uno de ellos soy yo (entre dos y tres años de edad), los otros dos mi primo, un año mayor, y mi prima, hermana de él, que tiene casi mi misma edad. Cogemos las flores amarillas y cada uno tiene en la mano un número de flores ya cogidas. El ramillete más hermoso lo tiene la niñita; pero nosotros, los varones, como obedeciendo a una consigna caemos sobre ella y le arrancamos las flores. Ella corre llorando cuesta arriba por el prado y recibe como consuelo de la campesina un gran trozo de pan negro. Apenas nosotros lo vemos, arrojamos las flores, nos precipitamos también hacia la casa e igualmente pedimos pan. Lo recibimos también, la campesina corta el pan con un cuchillo largo. Este pan me sabe exquisito en el recuerdo; y con esto se interrumpe la escena.

»Ahora bien, ¿qué justifica en esta vivencia el gasto mnémico a que me ha movido? En vano me he quebrado la cabeza acerca de ello: ¿Recae el acento en nuestra poco amable conducta hacia la niñita? ¿Acaso el amarillo del diente de león, que hoy naturalmente no hallo hermoso, agradaba tanto por entonces a mis ojos? ¿O después de travesear por el prado el pan me supo tanto, pero tanto mejor que de ordinario como para convertírseme en una impresión imborrable? Tampoco puedo hallar vínculos de esta escena con el interés, fácil de colegir, que otorga coherencia a las otras escenas infantiles. Tengo toda la impresión de que algo no anduviera derecho en esta escena; el amarillo de las flores resalta demasiado del conjunto, y el buen sabor del pan me parece también exagerado como alucinatoriamente. A raíz de ello, no puedo menos que recordar unos cuadros que cierta vez he visto en una exposición paródica, en que ciertos elementos no estaban pintados, sino aplicados plásticamente, y eran desde luego los más inconvenientes; por ejemplo, los polisones de las damas ahí pintadas. ¿Puede usted mostrarme un camino que lleve a esclarecer o interpretar este superfluo recuerdo de infancia?».

Me pareció aconsejable preguntar desde cuándo lo ocupaba este recuerdo, si retornaba a su memoria periódicamente desde la infancia, o si afloró en algún momento posterior tras una ocasión recordable. Esta pregunta fue todo cuanto me hizo falta aportar para la solución de la tarea; mi interlocutor halló por sí solo lo demás, pues no era ningún novato en tales trabajos.

Respondió: «Nunca se me había ocurrido pensar en

eso. Después que usted me lo ha preguntado, se me hace casi una certeza que este recuerdo de infancia no me ocupó en mi niñez. Pero puedo concebir también la ocasión de que partió el despertar de estos y de muchos otros recuerdos de mis primeros años. A los diecisiete años, siendo yo estudiante secundario, por primera vez volví a mi lugar de nacimiento durante un período de vacaciones, y ello como huésped de una familia que era amiga nuestra desde aquella prehistoria. Y sé muy bien qué plétora de excitaciones se adueñó de mí esa vez. Pero ya veo que deberé contarle todo un gran tramo de mi biografía; viene al caso, y usted lo ha conjurado con su pregunta. Oiga, pues: Soy hijo de unas gentes que originariamente tuvieron su buen pasar, que vivieron, creo, con bastante holgura en aquel villorrio provinciano. Cuando yo tenía más o menos tres años de edad, sobrevino una catástrofe en la rama industrial de que mi padre se ocupaba. Perdió su fortuna y nos vimos forzados a abandonar el villorrio para trasladarnos a una gran ciudad. Vinieron entonces unos largos, duros años, de los cuales pienso que no merecía registrarse nada. En la ciudad nunca me sentí cómodo; ahora opino que nunca me abandonó la añoranza de los hermosos bosques del solar natal, a los que solía escapar de mi padre apenas pude caminar, según lo atestigua un recuerdo conservado de aquella época. Eran mis primeras vacaciones en el campo esas que hice a los diecisiete años y, como ya dije, fui huésped de una familia amiga que desde nuestra emigración había progresado mucho. Tuve oportunidad de comparar el bienestar que allí reinaba con el modo de vivir que llevábamos en nuestra casa de la ciudad. Y bien, ya no vale ninguna digresión; tengo que confesarle que otra cosa, además, me excitó poderosamente. Yo tenía diecisiete años y en la familia que me hospedó había una hija de quince, de quien me enamoré enseguida. Fue mi primer entusiasmo, asaz intenso, pero mantenido en total secreto. A los pocos días, la muchacha partió de viaje hacia el establecimiento educativo del que había venido también ella para las vacaciones, y esta separación luego de un trato tan breve no hizo sino exacerbar la añoranza. Pasaba largas horas en solitarios paseos por los magníficos, reencontrados bosques, atareado en construir castillos en el aire, que, cosa rara, no aspiraban al futuro, sino que buscaban mejorar el pasado. Si aquella catástrofe no se hubiera producido, si yo hubiera permanecido en el solar natal, me habría criado en el campo, tan vigoroso como los hombres jóvenes de la casa, los hermanos de la amada... y entonces habría continuado la profesión

de mi padre, casándome al fin con la muchacha, que no podría menos que haber mantenido trato familiar conmigo todos esos años. Desde luego, en ningún momento ponía en duda que en las circunstancias creadas por mi fantasía me habría enamorado con el mismo ardor que ahora realmente sentía. Y es raro: cuando ahora en ocasiones la veo —por casualidad se ha casado aquí—, me resulta extraordinariamente indiferente, y sin embargo puedo acordarme con precisión de cuán largo tiempo siguió ejerciendo efecto sobre mí el color amarillo del vestido que ella llevaba en el primer encuentro, toda vez que en alguna parte volvía a ver el mismo color».

Esto me suena en un todo semejante a la puntualización, por usted intercalada, de que hoy ya no le gusta el diente de león vulgar. ¿No conjetura usted un vínculo entre el amarillo del vestido de la muchacha y el amarillo tan hipernítido de las flores en su escena de infancia?⁹

«Es posible, aunque no era el mismo amarillo. El vestido era más bien de un amarillo con destello marrón, como el del alhelí. Pero al menos puedo ofrecerle una representación intermediaria que quizá le venga bien a usted. Después he visto en los Alpes que muchas flores que en el llano tienen brillantes colores se revisten en la altura de matices más oscuros. Si no me equivoco mucho, es común en los montes una flor semejante al diente de león, pero de un amarillo oscuro, color este que se correspondería en un todo con el del vestido de aquella mi amada. Pero todavía no he terminado; ahora doy en otro ocasionamiento, más cercano en el tiempo, que ha revuelto en mí impresiones de la infancia. A los diecisiete años había vuelto a ver el villorrio; tres años después, para las vacaciones, estuve de visita en casa de mi tío; reencontré entonces a los niños que habían sido mis primeros compañeritos de juego, aquel primo un año mayor y la misma prima de mi edad que aparecen en la escena infantil con el prado de dientes de león. Esta familia había abandonado mi lugar de nacimiento simultáneamente con nosotros y había recobrado su muy buen pasar en la ciudad lejana».

¿Y allí volvió usted a enamorarse, esta vez de su prima, y construyó unas fantasías nuevas?

⁹ [Cf. «Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898b), *supra*, pág. 282, n. 5. Habitualmente, cuando Freud consignaba por escrito un diálogo mantenido por él con algún interlocutor {real o imaginario}, encerraba entre comillas las palabras de este, no así las propias. Véase, por ejemplo, *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926e).]

«No; esta vez las cosas fueron distintas. Yo estaba ya en la universidad y dedicado por entero a los libros; para mi prima, nada me quedaba. Que yo lo sepa, no forjé entonces ninguna de tales fantasías. Pero creo que mi padre y mi tío forjaron el plan de que yo trocara mi abstruso estudio por otro de aplicación más práctica, y después de terminados mis estudios me radicara en el lugar de residencia de ese tío y tomara por esposa a mi prima. Como notaron lo absorbido que yo estaba en mis propios designios, se abandonó aquel plan; no obstante, creo haberlo colegido con certeza. Sólo después, como joven universitario, atenuado por el apremio de la vida y debiendo esperar tanto tiempo para conseguir un puesto en esta ciudad, acaso hube de pensar muchas veces en que la intención de mi padre para conmigo era en verdad buena, y mediante ese proyecto matrimonial quería resarcirme de la pérdida que aquella catástrofe primera me había traído para toda la vida».

En esa época de sus duras luchas por el pan yo situaría el afloramiento de la escena infantil en cuestión, siempre que pueda usted corroborarme que por esos mismos años conoció por primera vez el mundo alpino.

«En efecto, fue así; por ese tiempo, excursiones a la montaña eran la única diversión que yo me permitía. Pero no le entiendo a usted bien».

Enseguida se lo aclaro. De su escena infantil ha destacado usted, como el elemento más intenso, que le supo exquisito el pan campesino. ¿No advierte que esta representación, sentida casi alucinatoriamente, se corresponde con aquella idea de su fantasía, que de haber permanecido en el solar natal, casándose entonces con aquella niña [la del vestido amarillo], cuán cómoda le habría resultado la vida o, expresado simbólicamente, cuán bien le habría sabido su pan, por el cual debía luchar tanto en ese tiempo posterior? Y el amarillo de las flores apunta a la misma niña. Por otra parte, en la escena de infancia tiene usted elementos que se pueden referir a la segunda fantasía, la de haberse casado con su prima. Arrojar las flores para trocarlas por un pan no me parece un mal disfraz para el propósito que su padre tenía hacia usted: debía usted abandonar sus ideales poco prácticos y abrazar un «estudio para ganarse el pan», ¿no es verdad?

«¿Entonces yo habría de este modo fusionado entre sí las dos series de fantasías sobre la vida de bienestar que habría podido tener: de la una el “amarillo” más el “pan campesino”, de la otra el arrojar las flores más las personas?».

Así es; las dos fantasías se proyectan una sobre la otra, y de ahí se constituye un recuerdo de infancia. Y después, el rasgo de las flores alpinas es en cierta forma la marca del tiempo de esa fabricación. Puedo asegurarle que muy a menudo crea uno inconcientemente tales cosas, como una creación literaria, por así decir.

«Pero entonces no habría recuerdo alguno de infancia, sino una fantasía que es retraslada a la niñez. Sin embargo, un sentimiento me dice que la escena es genuina. ¿Cómo armoniza usted ambas cosas?».

Para los indicios de nuestra memoria no tenemos garantía ninguna. Pero le concederé que la escena es auténtica; entonces la ha espigado usted entre muchísimas otras, tanto semejantes como diversas, porque en virtud de su contenido —en sí indiferente— era apta para figurar las dos fantasías que habían adquirido para usted una sustantividad suficiente. A un recuerdo así, cuyo valor consiste en subrogar en la memoria unas impresiones y unos pensamientos de un tiempo posterior, y cuyo contenido se enlaza con el genuino mediante vínculos simbólicos y otros semejantes, lo llamaría un *recuerdo encubridor* {*Deckerinnerung*}. En todo caso, dejará usted de asombrarse por el frecuente retorno de esta escena a su memoria. Ya no se la puede llamar inocente si ella, como lo hemos descubierto, está destinada a ilustrar los más importantes giros de su biografía, el influjo de los dos resortes pulsionales más poderosos: el hambre y el amor.¹⁰

«Sí, al hambre lo ha figurado bien, pero, ¿y al amor?».

En lo amarillo de las flores, opino yo. Es verdad, no puedo desconocer que la figuración del amor en esta escena suya de infancia se queda muy a la zaga de mis experiencias corrientes.

«No, de ningún modo. La figuración del amor es incluso lo principal en ella. ¡Sólo ahora lo comprendo! Considere usted: quitar las flores a una niña, eso equivale a decir “desflorarla”. ¡Qué oposición entre el descaro de esta fantasía y mi timidez en la primera oportunidad, y mi indiferencia en la segunda!».

Puedo asegurarle que unas fantasías osadas de esa índole constituyen el regular complemento de la timidez juvenil.

«¿Pero entonces la fantasía que se muda en estos recuerdos de infancia no sería una fantasía conciente que yo pueda recordar, sino una inconciente?».

Unos pensamientos inconcientes que continúan a los con-

¹⁰ [Alusión a un verso predilecto de Freud, tomado de Schiller, «Die Weltweisen».]

cientes. Usted piensa entre sí: «Si yo me hubiera casado con esta o con aquella», y tras ello se genera la impulsión de representarse ese casarse.

«Ahora yo mismo puedo continuarlo. Lo más atractivo de todo el tema es, para el tunante mozalbete, la representación de la noche de bodas; ¿qué sabe él de lo que viene después {*nachkommen*; también, “tener descendencia”}? Pero esta representación no osa salir a la luz: la voz dominante de la discreción y del respeto a la niña la mantiene sofocada. Entonces permanece inconciente...».

Y *cambia de carril* hacia un recuerdo de infancia. Usted tiene razón; lo groseramente sensual de la fantasía es la razón de que no se desarrolle en una fantasía conciente, sino que se vea precisada a conformarse con que se la recoja en una escena infantil, como alusión en forma *metafórica* {*Verblümt*, «floral»}.

«Pero, ¿por qué justamente en una escena de infancia, preguntaría yo?».

Quizá por amor de su inocencia. ¿Puede usted imaginar una oposición más tajante a unos tan enojosos designios de agresión sexual que el ajeteo de unos niños? Por otra parte, para el cambio de carril de unos pensamientos y deseos reprimidos hacia los recuerdos de infancia tienen que existir razones más generales, pues usted puede comprobar esta conducta en personas histéricas con total regularidad. Parece, además, que en sí y por sí el recuerdo de un pasado remoto es facilitado por un motivo de placer. «*Forsan et haec olim meminisse juvabit*».*¹¹

«Si es así, he perdido toda confianza en la autenticidad de esa escena de los dientes de león. Presupongo que en mi interior, con los dos mencionados ocasionamientos, y apoyado por unos motivos reales bien palpables, afloró este pensamiento: “Si te hubieras casado con esta niña o con la otra, tu vida habría sido mucho más agradable”; que la corriente sensual repite dentro de mí los pensamientos de la prótasis en unas representaciones que pueden brindarle satisfacción; que esta segunda versión del mismo pensamiento permanece inconciente a consecuencia de ser inconciliable con la predisposición sexual dominante, pero justamente por ello fue puesta en estado de perdurar dentro de la vida psíquica cuando hacía mucho que la versión conciente había sido derogada por la alteración de la realidad objetiva; que la frase que permaneció inconciente se afana, siguiendo una ley vigente, como dice usted, en trasmutarse a una escena

* {«Tal vez algún día aun a esto lo avivará el recuerdo».}

¹¹ [Virgilio, *Eneida*, I, 203.]

de infancia que tiene permitido devenir conciente a causa de su inocencia; que a tal fin tuvo que experimentar una refundición nueva, o más bien dos: una que arrebató a la prótasis lo chocante, expresándolo figuralmente, y otra que comprime la apódosis en una forma que es susceptible de figuración visual, para lo cual se emplea la representación intermediaria “pan-estudio para ganarse el pan”. Intelijo que produciendo una fantasía de esta clase en cierto modo he creado un cumplimiento de los dos deseos sofocados —el de desflorar y el de bienestar material—. Pero luego de haberme dado tan cabal cuenta de los motivos que llevaron a la génesis de la fantasía del diente de león, tengo que suponer que se trata en ella de algo que nunca aconteció, sino que ilícitamente, de contrabando, se coló entre mis recuerdos de infancia».

Ahora me veo obligado a desempeñar yo el papel de defensor de la autenticidad. Va usted demasiado lejos. Me ha hecho usted decir que cada una de estas fantasías sofocadas tiene la tendencia a tomar el desvío de una escena infantil; admita ahora que ello no se consigue si no hay ahí una huella mnémica cuyo contenido ofrezca puntos de contacto con la fantasía, que por así decir la solicite {*Entgegenkommen*}. Una vez hallado un punto de contacto de esa índole —en este caso es el desflorar, el arrebatar las flores—, el restante contenido de la fantasía es remodelado mediante todas las representaciones intermediarias admisibles (piense usted en el pan), hasta que resulten nuevos puntos de contacto con el contenido de la escena infantil. Es muy posible que en el curso de este proceso la misma escena infantil sufra alteraciones; estoy seguro de que, siguiendo este camino, se producen también falseamientos del recuerdo. En su caso, la escena de infancia parece haber sido sólo cincelada; piense en el desmedido realce del amarillo y en el exageradamente rico sabor del pan. Pero la materia prima era utilizable. De no haberlo sido, este recuerdo no hubiera podido ser elevado a la conciencia entre todos los otros. No habría usted tenido ninguna escena así como recuerdo de infancia, o quizás habría tenido otra, pues ya sabe cuán fácil es para nuestro ingenio {*Witz*} tender puentes de conexión desde un punto cualquiera a otro cualquiera. En favor de la autenticidad de su recuerdo de los dientes de león habla, por otra parte, además del sentimiento que usted tiene —y que yo no subestimaría—, otra cosa todavía. Incluye algunos rasgos que las comunicaciones de usted no resuelven, y aun tales que no se adecuan a los significados que brotan de la fantasía. Por ejemplo, que su primo lo

ayude a arrebatar las flores a la pequeña. ¿Podría usted conectar con algún sentido esa ayuda en desflorar? ¿O el grupo de la campesina y la niñera en lo alto, frente a la casa?

«Creo que no».

La fantasía no se recubre entonces por completo con la escena de infancia, sólo se apuntala en algunos puntos de ella. Esto aboga en favor de la autenticidad del recuerdo de infancia.

«¿Cree usted que este tipo de interpretación de unos recuerdos de infancia al parecer inocentes vale para muchos casos?».

Según mis experiencias, sí. ¿Quiere usted ensayar, a modo de entretenimiento, en los dos ejemplos comunicados por los Henri, si admiten ser interpretados como recuerdos encubridores de vivencias y deseos posteriores? Me refiero al recuerdo de la mesa puesta sobre la que hay una fuente con hielo, que parece destinado a entramarse con la muerte de la abuela, y el segundo, de la rama que el niño arranca durante un paseo, para lo cual otra persona lo ayuda [pág. 300].

El reflexionó un rato: «Con el primer ejemplo no atino a nada. Está en juego, muy probablemente, un desplazamiento, pero no se coligen los eslabones intermedios. En cuanto al segundo, osaría una interpretación, si no fuera francesa la persona que lo comunica como propio».

Ahora soy yo quien no lo comprendo. ¿Qué cambiaría con eso?

«Cambiaría mucho, pues es probable que la expresión lingüística procure la conexión entre el recuerdo encubridor y el encubierto. En alemán, “arrancarse una” {“*sich einen ausreissen*”} es una alusión vulgar, bien notoria, al onanismo.¹² La escena trasladaría a la primera infancia una seducción onanista, ocurrida después, puesto que alguien lo ayuda a hacerlo. Sin embargo, esto no armoniza bien, pues en la escena infantil están presentes muchas otras personas».

Mientras que tuvo que ser en la soledad y en secreto como fue inducido al onanismo. Pero esta misma oposición me habla en favor de su concepción; sirve, a su vez, para volver inocente la escena. ¿Sabe usted qué significa que en el sueño veamos «mucha gente ajena», como tan a menudo sucede en los sueños de desnudez, en los que nos sentimos tan terriblemente turbados? No otra cosa que... secreto, lo

¹² [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, pág. 354, n. 21.]

cual es expresado entonces por su opuesto.¹³ Por lo demás, esta interpretación no deja de ser una broma; en realidad, no sabemos si en las palabras «*casser une branche d'un arbre*», o en una frase convenientemente rectificada, un francés discernirá una alusión al onanismo.

El análisis precedente, que se comunicó con la mayor fidelidad posible, ha de haber aclarado en alguna medida el concepto de un *recuerdo encubridor* como tal, que debe su valor mnémico no a su contenido propio sino a su vínculo con otro contenido, sofocado. Según sea el tipo de ese vínculo se pueden distinguir diversas clases de recuerdos encubridores. De dos de estas clases hemos hallado ejemplos entre los recuerdos de infancia que llamamos los más tempranos —o sea, si incluimos bajo el concepto de recuerdo encubridor la escena infantil incompleta e inocente en virtud de esa su no integridad—. Cabe prever que se formen recuerdos encubridores también a partir de los restos mnémicos de períodos posteriores de la vida. Quien tenga en vista su principal carácter —una gran pertinacia mnémica, no obstante ser su contenido de todo punto indiferente—, fácilmente podrá registrar en su memoria numerosos ejemplos de esta índole. Una parte de estos recuerdos encubridores con contenido vivenciado después debe su significatividad a su vínculo con unas vivencias de la primera infancia que permanecieron sofocadas, o sea, lo inverso del caso por mí analizado, en que un recuerdo infantil es puesto en vigor por algo que se vivenció después. Según rijan una u otra de esas relaciones temporales entre lo encubridor y lo encubierto, se podrá calificar al recuerdo encubridor como *adelantador* o *atrasador*. Según otra relación, se distingue entre recuerdos encubridores positivos y negativos (o recuerdos *en desafío*), cuyo contenido guarda relación de oposición con el contenido sofocado. El tema merecería sin duda una apreciación más exhaustiva; aquí me conformo con llamar la atención sobre cuán complicados procesos —en un todo análogos, por lo demás, a la formación de síntomas histéricos— participan en el establecimiento de nuestro tesoro mnémico.

Nuestros recuerdos de infancia más tempranos despertarán siempre un interés particular porque aquí el problema, mencionado al comienzo, de averiguar cómo pueden no dejar huella mnémica alguna las impresiones más eficientes para

¹³ [Cf. *ibid.*, 4, pág. 256.]

todo el futuro mueve inevitablemente a reflexionar sobre la génesis de los recuerdos concientes. Con seguridad que al principio uno se inclinará a separar de los restos mnémicos de la infancia los recuerdos encubridores aquí tratados, como unos elementos heterogéneos, y a crearse sobre las restantes imágenes la representación simple de que se habrían generado simultáneamente con el vivenciar, como una consecuencia inmediata del influjo de lo vivenciado, y retornarían desde entonces de tiempo en tiempo siguiendo las consabidas leyes de la reproducción. Ahora bien, la observación más fina discierne rasgos singulares que armonizan mal con esta concepción. Los siguientes, sobre todo: En la mayoría de las escenas infantiles sustantivas y exentas de toda otra objeción uno ve en el recuerdo a la persona propia como un niño, y sabe que uno mismo es ese niño; pero ve a ese niño como lo vería un observador situado fuera de la escena. Los Henri no han dejado de apuntar que muchos de sus informantes señalan de manera expresa esta peculiaridad de las escenas infantiles. No obstante, resulta claro que esa imagen mnémica no puede ser la repetición fiel de la impresión entonces sentida. En efecto, uno se encontraba en medio de la situación y no atendía a sí mismo, sino al mundo exterior.

Toda vez que dentro de un recuerdo la persona propia aparece así como un objeto entre otros objetos, es lícito aducir esta contraposición entre el yo actuante y el yo recordador como una prueba de que la impresión originaria ha experimentado una refundición. Todo parece como si aquí una huella mnémica de la infancia hubiera sido retraducida a lo plástico y lo visual en una época posterior (la del despertar [del recuerdo]). Y ello siendo que nunca ha llegado a nuestra conciencia nada de una reproducción de la impresión originaria.

En favor de esta otra concepción de las escenas de infancia, es preciso conceder una fuerza probatoria todavía mayor a un segundo hecho. Entre los recuerdos infantiles de vivencias importantes que afloran con igual precisión y nitidez, hay cierto número de escenas que, tras la aplicación de unos controles —p. ej., el recuerdo de los adultos—, se comprueba que han sido falseadas. No es que se las inventara libremente; son falsas porque trasladan una situación a un lugar donde no sucedió (como en uno de los ejemplos citados por los Henri), fusionan o permutan entre sí a ciertas personas, o se las discierne finalmente como una composición de dos vivencias separadas. Y en este preciso caso, dada la gruesa intensidad sensorial de las imágenes y la

capacidad de rendimiento de la función de la memoria en el individuo joven, no se puede hablar de una simple infidelidad del recuerdo; una indagación más honda muestra, más bien, que tales falseamientos mnémicos son tendenciosos, es decir, que sirven a los fines de la represión y sustitución de impresiones chocantes o desagradables. Por tanto, también estos recuerdos falseados tienen que haberse generado en una época de la vida en que tales conflictos e impulsiones para la represión podían ya tener vigencia en la vida anímica, vale decir, mucho tiempo después de aquel que ellas recuerdan en su contenido. Ahora bien, también aquí el recuerdo falseado es el primero del que sabemos algo; permanece para nosotros ignoto {*unbekennen*} en su forma originaria el material de huellas mnémicas con el cual fue forjado.

Esta intelección reduce, a nuestro juicio, el abismo entre los recuerdos encubridores y los restantes recuerdos de la infancia. Acaso sea en general dudoso que poseamos unos recuerdos concientes *de* la infancia, y no más bien, meramente, unos recuerdos *sobre* la infancia. Nuestros recuerdos de la infancia nos muestran los primeros años de vida no como fueron, sino como han aparecido en tiempos posteriores de despertar. En estos tiempos del despertar, los recuerdos de infancia no *afloraron*, como se suele decir, sino que en ese momento fueron *formados*; y una serie de motivos, a los que es ajeno el propósito de la fidelidad histórico-vivencial, han influido sobre esa formación así como sobre la selección de los recuerdos.¹⁴

¹⁴ [El tipo de recuerdo encubridor aquí considerado se vincula con las «fantasías retrospectivas» que en épocas posteriores Freud sometió a frecuente examen; véase, por ejemplo, el análisis del «Hombre de las Ratat» (1909*d*), *AE*, **10**, págs. 162-3, el del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, págs. 54-7, y la 21ª y 23ª *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 306 y 334-9.]